

CANTOR DEL ARREPENTIMIENTO

Cincuenta cuerdas hay, sobre el olivo,
para éste que te canta.

Tu cantor, que fue esclavo de la lluvia,
rehén del viento,
y que ya, arrepentido de dormir,
se distrajo velando.

Así, como deseas, llamaré chispa el cáliz de la rosa,
al olivar de tus ojos, alborada,
y lloraré también, como solía,
cuando una brisa pase sobre cincuenta cuerdas
-¡qué cincuenta sangrantes melodías!-
Y al compás que la alberca de sangre se hace estrellas y árboles,
el que muere, ¡guitarra!, es el tirano
mientras vence el calor.

* * *

Abre, aldea, tus puertas.

Ábre las a los vientos.

Y deja que se incendien esas cincuenta heridas.

Kufr Qasim es un pueblo que sueña con espigas,
con violetas,
y bodas de palomas.

* * *

“¡Segadlos de una vez!...

¡Segadlos ya ¡...”

* * *

Y los segaron...

* * *

¡Ay, espiga en el pecho de los campos!

Tu cantor dice aún:

¡Si supiera el secreto del árbol!

¡Si enterrara todas las palabras ya muertas!

¡Si tuviera la fuerza de la tumba silente!

¡Si escribiera mi historia

-oh, mano avergonzada que pulsa esas cincuenta cuerdas-
con luz y ala de alondra!...

* * *

Kufr Qasim:

Regreso de la muerte para vivir cantando.

Déjame que me preste la voz una herida luciente,

y vénme contra el odio

que siembra, en mi alma, la zarza.

Me envía la intransigencia de una llaga,

y el golpe del verdugo me ha enseñado

a andar sobre mi herida.

A andar y más andar.

A resistir.